

VIERNES DE LA XV SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Mateo 12, 1-8

En aquel tiempo, atravesó Jesús en sábado un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado». Les replicó: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes de la proposición, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino solo a los sacerdotes. ¿Y no habéis leído en la ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo. Si comprendierais lo que significa “quiero misericordia y no sacrificio”, no condenaríais a los inocentes. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado».

Hoy la Palabra de Dios nos ayuda a comprender mejor el corazón de Dios. Revela profundas verdades sobre la ley, la misericordia y el Señor del sábado.

Los fariseos acusan a los apóstoles de violar la ley del sábado. Jesús responde con un ejemplo del Antiguo Testamento, recordándoles cómo David y sus hombres comieron los panes de la proposición cuando tenían hambre. Jesús les muestra que la ley nunca tuvo la intención de oprimir o causar sufrimiento, sino de guiar al pueblo hacia una vida de justicia y misericordia.

Después Jesús cita a Oseas 6:6: "Misericordia quiero, y no sacrificio." Con estas palabras, Jesús revela el corazón de Dios. Los fariseos estaban tan enfocados en la letra de la ley que habían perdido de vista su espíritu. El espíritu de la ley es acercarnos a Dios. Ellos utilizaban la ley, como un criterio para juzgar a los demás, y sentirse ellos buenos porque las cumplen. Claro que es mejor cumplir las normas por amor a Dios, que no cumplirlas. Pero el hecho de cumplirlas no nos hace mejores que los demás, ni nos erige en jueces de los demás. Dios valora más la compasión y el amor que los rituales vacíos. La verdadera obediencia a Dios se manifiesta en la misericordia y el cuidado hacia los demás.

Finalmente, Jesús declara: "El Hijo del Hombre es Señor del sábado." Con esta afirmación, Jesús se coloca por encima de la ley del sábado. Él no está aboliendo la ley, sino cumpliéndola en su propia persona. Jesús es la encarnación de la misericordia de Dios. Como Señor del sábado, Él nos invita a encontrar descanso no solamente en la observancia estricta de reglas, sino principalmente en su presencia y en su amor.

Por eso, a veces me pregunto si estoy más preocupado por cumplir con rituales religiosos que por mostrar misericordia y amor. Jesús nos recuerda que la verdadera religión es aquella que se expresa en actos de compasión y justicia. ¿De qué me sirven mis prácticas espirituales, si no me hacen mejor, si no me conectan con el Corazón de Dios? ¿De qué me sirven cumplir mis prácticas espirituales, si juzgo peores que yo a los demás?

Al seguir a Cristo, somos llamados a vivir una vida que refleje el corazón de Dios, un corazón que siempre busca la misericordia.

Por ejemplo: en la Santa Misa, Jesús se ofrece Él mismo al Padre por los todos los hombres. Cuando voy a Misa, ¿de qué estoy pendiente? ¿De las lecturas, de los cantos, de las oraciones, de las velas, del vestido del vecino? Si cuando voy a Misa no me ofrezco yo mismo al Padre con Cristo, la Misa puede haber sido muy bonita, pero no me ha servido de casi nada.

Pidamos vivir esta Santa Misa como la viven la Virgen Santísima, San José y los santos. Y saciaremos nuestra sed de esta fuente, que es la fuente de la Misericordia.